



VENUS AL ALBA



ELENA P. JIMÉNEZ

CAPÍTULO I



Durante años fue su manzana prohibida, y desde el primer día la deseó con piel. Siempre supo que era ella, y no el miedo a estar solo. Pero nunca luchó por conseguirla; no la quería como triunfo, sino como felicidad. Así que tuvo que sobrevivir a la decisión que eligió por él. La vio marchar. La rutina le enseñó a ignorar las preguntas de las que conocía las respuestas.

Algunas noches imaginaba que sus pensamientos la despertaban, allá donde estuviera, y le rozaban los labios para traer su tacto de vuelta. Pero siempre se despertaba sin su sabor, con la misma sensación de necesitarla por mucho que la distancia quisiera ponerle el nombre del olvido.

Cuando pocos años después Nadir regresó a Málaga, Marco no quiso alegrarse de la ruptura emocional que la trajo de vuelta, pero no pudo evitar que cierto regocijo removiera los cimientos de su alma.

«Los que pensábamos que eras nuestra amiga no nos dimos cuenta de que nunca nos perteneciste, pero nosotros a ti sí. Eres como la madre Naturaleza, ya estabas cuando llegamos y seguirás cuando nos hayamos ido, madurando sin envejecer...».

—¿Eso le has escrito? —preguntó Enrique.

—Sí. Es mi bienvenida —contestó Marco—, ¿no quieres que continúe?

—Menuda cursilada, por favor... Estás jodido —se lamentó mientras arqueaba las cejas, se relamía los labios y se reclinaba en la silla del bar.

—¿Piensas que no le va a gustar? —interrogó Marco.

—No, lo que creo es que es una putada que sigas colado por ella después de tanto tiempo. Yo no me la follé, no hubo manera, y se me pasó rápido el calentón. Pero tú...

—Creo que sí le va a gustar —añadió mirando el papel y bebiendo un sorbo de cerveza.

—¿Tú sí? Serás cabrón, ¿cómo lo conseguiste? Pero si eres...

—Enrique, no te pases... Y ¿soy qué? Calvo, del montón... Es cierto, no tengo tanta planta como tú. Y no voy a hablar de si sí o si no contigo. Eres capaz de publicarlo hasta en el Facebook. Quédate nadando en tu especulación, pero ten cuidado, no te ahogues —acto seguido se levantó y fue a pagar la cuenta.

—Déjate de hostias, Marco, ya pago yo. Cuando te hagas rico y famoso de verdad págame un festival con pibas.

—Vendrás, ¿verdad? —preguntó Marco mientras se alejaba.

—Pues claro, hombre. Hablando de pibas, ¿me voy a perder yo al pibón de Nadir?

—No sé si arrepentirme ya o esperar a que la cagues... Nos vemos entonces. Puntual, ¿eh?

La tarde, tranquila y luminosa, husmeaba en la vida de todos, como un gato que rebusca en un basurero. Marco paseaba por los comercios hasta que decidió perderse en la calle de las librerías. Siempre le dio miedo esa calle, de pequeño. Estrecha, larga, oscura y húmeda por el eterno goteo de la tubería rota del Teatro Cervantes que ennegrecía los adoquines de moho en una ciudad donde la penumbra se solía esconder de ella misma.

Quince librerías en una sola calle, a dos bandas. Quince bonitas niñas que para Marco, calzados ya los cincuenta, se le antojaban Lolitas promiscuas, ávidas de ser penetradas por lectores maduros taciturnos que compraran sus libros. Pero Marco era maduro de una sola Lolita, *Alejandría*. Si Borges imaginaba el paraíso como algún tipo de biblioteca, en esa librería hubiera conversado con Dios. Situada en la parte más señorial, y mejor conservada, del edificio del s. XVIII que albergaba más de un paraíso de libros, los techos eran de madera y estaban a cinco metros sobre el suelo lo que, en manos de un artesano de sueños e ingeniero Tetris, favorecía la perspectiva *horror vacui* de su dueño. Cientos de miles de libros se amontonaban, en el más ordenado de los caos, formando macroestructuras microarquitectónicas. Hipo, que así se hacía llamar el dueño de *Alejandría*, conseguía lucir

sus volúmenes más golosos suspendidos en el aire con hilo de pescar y nudos marineros.

La madera, hermana del papel, impregnaba de su olor característico aquella inmensa estancia de varias salas. Nadie, excepto Hipo, se subía en las escaleras correderas que llegaban al techo y nadie, excepto Hipo, sabía qué libros vivían allí ni cuál podría ser su ubicación.

Al entrar, Marco accionó un modernísimo y complejo mecanismo de última tecnología cuya melodía pasó desapercibida por lo cotidiano de su sonido, un móvil de bambú.

—Marco, ¿te lo vas a llevar?

Hipo buscó algo debajo del mostrador. Cuando lo hubo encontrado, después de ruidos de papel y de metal, y levantó la cabeza, Marco ya estaba justo delante de él, al otro lado del mostrador.

—Sí, por favor. Cóbrate —le indicó Marco apuntándole con una tarjeta de crédito negra.

—Te lo he envuelto en papel, aunque no sea un regalo estará mejor ahí dentro que al tacto de cualquier funda de plástico —aclaró el librero.

Gracias —el escritor sentenció la conversación firmando la lengua de papel que escupió el datáfono.

—Te deben ir bien las cosas, ¿no, Marco? —intentó continuar la conversación sin demasiado éxito.

—No me puedo quejar —dijo el escritor.

—Te han dado un premio este año, otro, ¿puede ser?

—Sí, uno, hace poco, sí —contestó el escritor con la misma habilidad que un ventrílocuo.

—Es un premio importante, ¿no? —insistió

Hipo. —El Nacional —respondió con apatía.

—Todo un honor tenerte de cliente tantos años, Marco —y el librero le entregó el paquete mientras le miraba con afecto, sincero, sereno.

—Gracias, Hipo —dijo Marco—, hasta otro día.

Hipo Valdés lo siguió con la mirada hasta que la silueta del escritor y su sombra comulgaron en un mismo pedazo de oscuridad al final de la calle.

Llegó a su casa, esa especie de museo ordenado que tenía por hogar, y colocó el paquete encima de la mesita del salón. Allí estuvo observándolo, en la oscuridad, hasta que se levantó una hora después y se fue a dormir sin cenar.

Málaga había sacrificado parte de su belleza histórica bajo el yugo de la especulación y la permisividad de las instituciones públicas en décadas de advenedizos retozando impunes por el alma de la ciudad. Pero mantenía intacta su alma zalamera, reflejo de mil y una noches susurradas a una temperatura eternamente joven. Ciudad que acogía a los turistas con humor de ángeles que están de fiesta en el infierno, riéndose de los que echaban las biznagas en agua o de los que le buscaban las espinas a los chanquetes.

Esa tarde, la Málaga pizpireta y caprichosa jugaba a esconderse de sí misma entre conversaciones ajenas.

—No me entra en la cabeza que nadie pueda vivir de eso —se quejó Raquel.

—Pues se puede —dijo Nadir.

—Y además estupendamente, por lo que veo —señaló la tarjeta llave del BMW de su amiga, encima de la mesa.

—No te vayas a poner estupenda que pocas modelos en España pueden vivir de su profesión tan bien como tú.

—Querida, más allá del modelaje, sé estar en la cama adecuada en el momento adecuado —admitió con cierto orgullo.

—Si por eso fuera habría muchas mejor que tú. No seas modesta, Raquel, eres un bellezón y te mueves de infarto.

—Ahí lo has bordado. Me muevo de infarto...

Las dos se rieron, una sinceramente y otra tragando su propia realidad a bocanadas, como si los defectos y las vergüenzas aireadas y públicas olieran menos, camufladas por el hedor medio de una sociedad mediocre.

—Es la verdad, la chupo que te cagas. Soy buena siendo mala, ya lo decía Mae West —citó Raquel.

—Calla, mujer, no hables tan alto que nos están mirando los vecinos —se sonrojó Nadir.

—Claro, por lo que yo digo... No por ese jersey ajustado y ese pedazo de escote que me traes no, que los de arriba tienen que estar bizcos de mirar...

¿Arriba? Pero si esto es un ático... Y dale, qué quieres, si me compro una talla más me baila por abajo, si no, no me entran... —se sonrojó aún más.

Siempre hay alguien por encima, niña. Siempre hay alguien escuchando y siempre hay un funcionario norteamericano que lee tus correos... Pero si está muy bien así, mujer, siempre y cuando te guste que te miren. A mí me encanta mirarlas... Yo sigo diciendo que tienes un puntito cruasán. ¿De verdad que no quieres probar bollito?

—Vale ya con el rollo del cruasán y el bollo y fiestas de guardar, ¿eh? Que te conozco.

Raquel miró a Nadir, sonriendo con la mirada, afilando la nariz y luciendo dentadura perfecta, profundamente, tanto que nadie podría decir si era bueno o malo lo que le pasaba por la mente, o si no se había perdido ella misma en esa profundidad.

—Hey, no desconectes, anda. Cuéntame, qué tal, bisexual tarada, hace más de un año que no te veo —preguntó Nadir, abriendo el típico frente de la pregunta abierta que la liberaba de recibir cuestiones incómodas de contestar.

—Pues viajando, desfiles, sesiones, ya sabes. Pagan bien pero no estoy cotizada. En un mes puedo hacer 30.000 y luego quedarme tres meses sin una triste foto. No me puedo quejar, no. Pero soy consciente de que más pronto que tarde voy a tener que dar un giro drástico en mi carrera profesional, y como no encarrile me veo de actriz porno —comentó jocosa.

—Ya será menos, mujer, ¿no te gusta ya lo que haces?

—preguntó.

—Si te soy sincera no sé si nunca me ha llegado a gustar. Me gusta sentirme observada solo a momentos, cuando estoy segura de mí misma, cuando me siento guapa, pero no siempre coincide con el tiempo de trabajo. Es una verdadera tortura tener que estar pendiente de algunas soplapolleces. Hay que saber adaptarse a ciertas exigencias. Pero bueno, ¿cómo era? Ah, sí. No me puedo quejar.

—Pero ya te habrás acostumbrado a esos cambios, hace tiempo que te dedicas a esto —argumentó Nadir.

—Buena observación si lo hacemos a la inversa —y Raquel hizo que Nadir se sintiera pillada —¿cómo te va con tu alter ego virtual y todas sus manifestaciones cibernéticas? Y, por favor, no me digas que no te puedes quejar.

—Bien, bien. No me puedo quejar —dijo riéndose.

—¿Cuántas visitas tienes? —preguntó Raquel mientras buscaba algo en el bolso.

—No lo sé, muchas, miles —contestó Nadir. —¿Miles dos mil o miles cincuenta mil?

—Sí, eso más o menos. Unas cincuenta mil visitas —confirmó la bloguera.

—Caray, eso es mucho, sí. Cincuenta mil al mes es un tirón bastante decente.

—Al día —susurró Nadir.

—¿Cómo? ¿Al día? Vamos, no me jodas... —se admiró la modelo sacando un Trankimazín que parecía haberse emancipado del bolso. Pero si ni siquiera pones fotos en pelotas. ¿Qué les das?

—Ha sido un golpe de suerte, se han dado muchos factores a favor. Si te digo la verdad no sé cuál de ellos es el que lo ha desencadenado todo. Lo que sí sé es que esto es más efímero que el futuro que tú misma te auguras como modelo —dijo la escritora como si fuera el aire que sopla las velas de un barco.

—No sabes cómo te comprendo, pasados los veintiocho ya no hay vuelta atrás. Ni aunque me conservara tan bien como tú podría continuar en este mundillo. Entiéndeme, Nadir, aunque te quiera echar un polvo tienes la edad que tienes.

—Casi cuarenta —y su sonrisa brindó con la edad, sin una sola arruga alrededor de los ojos.

Bonito piso —comentó Raquel cambiando la conversación, señalando con la punta de la nariz mientras miraba alrededor.

—Era lo que quería desde siempre, y ahora he podido cumplir ese sueño, un ático. Tampoco es la mansión de los Banks.

Raquel observaba la terraza del ático mientras oía las palabras de su amiga. Dos tumbonas de teca flanqueaban un balancín mientras, en un lateral, alguna araña industrial se había entretenido en tejer una hamaca. Por todos lados había plantas y flores que, sin embargo, apenas restaban espacio.

Una vez se hubo marchado la visita recogió los servicios del té y se dirigió a la habitación donde había ubicado su ciber realidad. Cinco ordenadores, entre portátiles, tablets y sobremesa, imperaban en el amplio despacho. Dos enormes mesas de cristal y dos sillones giratorios, no había más mobiliario. La luz reverberando en las paredes emitía una melodía visual tan muda como una conversación bajo el agua.

Anocheciendo ya, Nadir estiró los brazos, ágil, como un gato cuando se despereza y antes de irse a la ducha llamó a Daniel.

—Acabamos de llegar. Todo ha ido estupendamente. Miguel está bien y ha preguntado por ti, pero ahora se ha dormido. París es agotador para un niño y el viaje ha sido largo.

—Dale un beso de mi parte, aunque esté dormido —pidió la madre. —Descuida. Un beso para ti también —y Daniel colgó el teléfono.